



SANGRE GENEROSA



HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA
ESPAÑA

SANGRE GENEROSA
Y
FECUNDA



M C M X X V

Tit. 1228719

C.B.

LIBROS DE
EPOPEYA



BARCELONA

SANGRE GENEROSA
Y
FECUNDA

RELACIÓN DEL RIGUROSO MARTIRIO QUE
PADECIÓ EL PADRE JUAN DE PRADO EN LA
❖ CIUDAD DE MARRUECOS. ❖



EDITORIAL F. T. D.

ES PROPIEDAD



IMPRESA DEL EDITOR

INTRODUCCIÓN ❀ ❀ ❀

CUANTOS han tratado a los moros se han maravillado del alto concepto que tienen de la «Frailía», como ellos llaman a los Misioneros Franciscanos, y del tono invariablemente encomiástico de sus palabras cuando hablan de esos hombres que tienen por los más santos y sabios que pueda haber: «son hombres dicen, amigos de hacer el bien a todos sin interés ninguno y enemigos de hacer daño a nadie». Si no es en unas poquísimas cábilas, y aun eso sólo relativamente y desde que la guerra y la política de hace unos años la ha convertido en avisperos, la «Frailía» inspira confianza ilimitada a los moros de to-

❀ V ❀

❀ das

das castas, desde las más humildes hasta la de sultanes más poderosos y sin más apoyo ni defensa que un bastón va de un punto a otro del Imperio Marroquí, pernoctando donde se le pone el Sol, muy respetados de los moros que siempre les ofrece hospedaje con respetuoso afecto. Saben que los Misioneros Franciscanos están allí desde hace cientos de años—llegaron en el siglo XIII—y que han sido siempre hombres de alto ideal y de firme espíritu, saben además, que cuando se ha presentado ocasión, han sido mártires de su fe y los moros ven con razón en ese heroísmo una fuerza sobrenatural. ❀

A Dios gracias esa simpatía y esa admiración que a ellos tiene el marroquí, alcanza también a España, país de donde proceden varones de tanto mérito. Con ser todo ello ❀ VI ❀ tan

tan honroso para España se sabe poco. La culpa es de todos y a todos nos toca repararla. Por eso comenzamos hoy popularizando en estos «Libros de Epopeya» el heroísmo del admirable misionero Fray Juan del Prado, que tras sentir larga la atracción irresistible de esa misteriosa tierra marroquí, logró penetrar hasta la capital del Imperio, llegando a la presencia del Sultán y por fin supo perder heroicamente la vida por la religión, ❀ alcanzando la palma del martirio. ❀

Como siempre la sangre del mártir fué semilla de cristianos; porque desde el punto de su muerte cayó la purísima y generosa del misionero sobre la cabeza del bárbaro Sultán que ferozmente le asaeteara, y que poco después fué vilmente asesinado; su hermano y sucesor concedió autorización a los mi-

❀ VII ❀

❀ sioneros

más os adentréis hacia la capital, más vivo será el recuerdo. Daréis tal vez sin mucho fijaros una moneda de nuestra plata al moro de un zoco cualquiera de la región de Casablanca o Marakech, que largo rato os haya embelesado con sus cuentos y canciones, y al ver el declamador en la moneda el nombre de España, tras breve ponderación del superior valor de esa moneda sobre la «assani» o sobre el papel francés, os contará cómo hace tantas y tantas generaciones, la España grande, grande—y para mejor expresarlo, abrirá y levantará desmesuradamente sus larguísimos brazos, cual si quisiera alcanzar la redondez del mundo—España grande grande, repetirá, mandaba a Marruecos embajadores de la «Frailía» y al salir de presentar las credenciales al Sultán, sembraban a

voleo los patios de la real alcazaba con monedas como esa misma que gozosísimo acaricia y besa, para que la más pobrecita gente mora las recogiese y a la salud de España pudiera comer y regocijarse. Si luego intrigado por el relato buscáis en las historias cuál haya podido ser el fundamento de tan graciosa tradición, quedaréis más sorprendido aún, al ver que tiene base histórica muy firme. Crónicas y documentos, refieren por ejemplo, que en el año 1646 el misionero «Fray Francisco de la Concepción», embajador de nuestro Señor el Rey Felipe IV, visitando a Muley Xequé, ordenó que se arrojasen a los moros pobres que se le acercaban 1.600 piezas sobre las que se abalanzó la muchedumbre gritando: «Dios dé vida y ensalce al Rey de España».

❖ X ❖

❖ Nuestro

Nuestro objeto es precisamente recordar a los españoles las magníficas hazañas que han realizado en esa tierra africana, maldita y bendita tierra a la vez, la fe y la valentía de nuestros misioneros y soldados, hazañas y epopeyas que tan poco hemos admirado y agradecido porque tan mal conocemos. El presente relato está sacado del libro titulado «Los Misioneros Franciscanos en Marruecos» y de algunos otros impresos publicados por la Tipografía Hispano-Árabe de la Misión Católica de Tánger. Como en ellos declaramos que con los títulos de santos beatos o venerables que damos a los siervos de Dios que en esta historia mencionamos, no es nuestro ánimo anticiparnos al juicio de la Santa Sede, única autoridad infalible en



esta materia.



CAPÍTULO I. - NACIMIENTO, VOCA-
CIÓN RELIGIOSA Y APOSTÓLICOS
ANHELOS DEL BEATO JUAN DE
PRADO * * * * *

A principios del siglo XVII, el re-
crudecimiento del corso y de la
piratería a que se dedicaban nu-
merosos marroquíes, bajo la protección de
los mismos Sultanes, hacía aumentar de
continuo el número de los infelices cautivos
españoles que pasaban los días oprimidos
por el trabajo y el hambre, y las noches, por
las pesadas cadenas que les sujetaban en ló-
bregas mazmorras, sin la menor esperanza
de ver algún día remedio a los males que pa-
* 1 * saban.



EL INSIGNE MÁRTIR DE LA FE DE CRISTO
BEATO JUAN DE PRADO

cuatro años, quedó bajo la tutela de un tío suyo, Arcipreste de Vega de Corveja, que a los pocos años le envió a León, para que se instruyese en las primeras letras, trasladándole después a Salamanca, con el fin de que se dedicase a estudios mayores. Cuando se hallaba en lo mejor de su carrera literaria, su tío, el Arcipreste, le retiró la protección que le venía prestando, sin que se sepa qué causas determinaron esta resolución. ❀

De un golpe tan inesperado el joven Juan sacó la convicción de la poca o ninguna seguridad que ofrecen las promesas de los hombres, y entonces adoptó el partido de consagrarse a Dios, que es siempre fiel en las suyas, determinando para esto abrazar el estado religioso. Fijóse en la Orden Franciscana, cuyo espíritu de pobreza y humildad

tan perfectamente se adaptaba al propósito firme que había formado de renunciar a todas las cosas del mundo. Ardiendo en este santo deseo, vistió el hábito franciscano, el día 17 de Noviembre de 1584, cuando contaba 21 años de edad. Terminado el noviciado y hecha la profesión, dedicáronle los Superiores a los estudios propios para el estado sacerdotal, los que, unidos a los que ya traía hechos de la universidad de Salamanca, le capacitaron de teólogo eminente y celebrado predicador. Repetidas veces solicitó de sus Superiores pasar a las Misiones de América, pero otras tantas se le negó el permiso que pedía. Comprendían aquéllos, que el P. Fray Juan, por su talento nada común, y, por su virtud, era un elemento poco menos que necesario para su Provincia.

No se equivocaron en el juicio que de él habían formado, pues vieron que los cargos que en la Orden se le confiaron los desempeñó con tal acierto y prudencia que nada dejó que desear. Fué Definidor y seis veces fué nombrado Guardián en diversos conventos, acreditándose en todos ellos de varón consumado en todo género de virtudes. Tal cúmulo de santidad, unido a un talento nada común y a una práctica de gobierno cada vez más acertada, fueron causa de que el 19 de Diciembre de 1620 le instituyesen Ministro Provincial con aplauso de todos menos del propio interesado, cuya humilde resistencia fué preciso vencer, mandándole por obediencia que aceptase el cargo que se le confería.

CAPÍTULO II. - SIENDO PROVINCIAL
ENVÍA A DOS RELIGIOSOS A MA-
RRUECOS PARA VER DE PREPARAR
UNA MISIÓN ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

SERÍA inútil ocuparnos del tino,
prudencia y demás virtudes con
que el P. Juan procedió en el go-
bierno de su Provincia. Todos los biógrafos
lo colman de elogios. Para lo que hace a nues-
tro intento, hemos de fijarnos en un proyecto
que absorbía todas las facultades de su espí-
ritu y que si, por entonces, no llegó a realizar
fué porque las atenciones de Superior de la
Provincia, que con tanto acierto gobernaba,
no se lo consentían; hizo empero cuanto
las circunstancias le permitieron hacer.

❀ Veámoslo. ❀

Frecuentemente llegaban a sus oídos noti-

cias y relaciones detalladas de la tristísima situación en que se encontraban los cristianos de Marruecos. Por ellas sabía que a las muchas calamidades que padecían, había que añadir la mayor de todas: no disponer de sacerdotes que atendiesen al socorro de sus necesidades espirituales, pues los pocos que en el Imperio había, sucumbieron víctimas de una cruel epidemia que arrasó muchas vidas. Estas noticias torturaban su espíritu y hubiera querido tener alas, para volar al socorro de aquellos desgraciados. A estas noticias había que añadir otra que cerraba la puerta a todas las esperanzas que su alma generosa había concebido. Era que el Sultán del Imperio de Marruecos, Muley Abd-El-Malek, se negaba cada vez con más obstinación a admitir en sus estados Misioneros que

fuesen a socorrer y a cuidar de los cristianos que allí residían. Pero como en los espíritus dispuestos al sacrificio las energías se multiplican a medida que aumentan las dificultades que estorban sus proyectos, el apostólico Provincial no se arredró por semejante dificultad, al contrario: ella fué poderoso acicate que espoleó su ardiente celo, para explorar el terreno y ver de qué modo podía ingeniar-se, para que al Imperio de Marruecos pasasen

✻ Misioneros Franciscanos. ✻

Resolvió, al efecto, enviar a dos Religiosos que por su vasta instrucción, tino, prudencia y, sobre todo por su virtud a toda prueba, fuesen de su absoluta confianza, pues eran los primeros pasos que daba en esta empresa y, para los proyectos que para más adelante abrigaba, quería informarse bien, a fin de que

el éxito respondiese a sus generosas esperanzas. Eran estos emisarios los PP. Fray Miguel de San Diego y Fr. Blas de San Rafael. Dióles instrucciones muy minuciosas y acertadas para el mejor desempeño de la comisión que confiaba a su celo y prudencia. Todas ellas pueden concretarse en estos tres puntos. Primero: que asistiesen con esmerada solicitud a los cristianos, en particular a los pobres cautivos, que eran, naturalmente, los más necesitados. Segundo: que se informasen detalladamente de la situación material y política de las cosas del Imperio, pues un conocimiento exacto y un juicio acertado sobre este particular, entraban como elemento indispensable para el desarrollo de los planes que el santo Provincial había concebido, y, tercero—y éste era el más

importante de todos y el que exigía más prudencia y mayor sagacidad—que viesen y estudiasen el medio más eficaz de vencer la obstinada resistencia del Sultán y lograr de esta manera que dejase la entrada libre a los Misioneros en el Imperio. Salieron los benditos Misioneros a desempeñar la comisión que con tanto interés les había confiado su santo Prelado, llegando a los pocos días a Mehdía, Máamora, plaza de la dominación española y cuyo gobernador hizo a los religiosos toda clase de demostraciones de afecto, ofreciéndose incondicionalmente a prestarles todos los auxilios conducentes al

✻ buen éxito de su empresa. ✻

Allí trabaron amistad con algunos moros y de ellos pudieron informarse de la situación angustiosa en que se hallaban los cristianos

cautivos en Marruecos, los cuales eran sometidos a trabajos tan pesados, que por no poder resistir un trato tan cruel, algunos habían llegado al desesperado término de abandonar la Fe Católica, haciéndose mahometanos, para mejorar de este modo las condiciones materiales de su vida. Informaron de todo esto a su santo Prelado, el cual inmediatamente les escribió, para que uno de ellos pasase en seguida a Marruecos y prestase a los cristianos toda suerte de auxilios. Salió para Marruecos el P. Fr. Miguel vestido de mercader. Debido al disfraz le fué muy fácil introducirse entre los cristianos sin ser notado de los moros. Una vez allí, dedicóse a animarlos y fortalecerlos, para que no decayesen en la Fe por duros que fuesen los trabajos y tribulaciones a que se ha-

✻ 12 ✻

✻ llaban

llaban sometidos. Inútil sería que nos detuviésemos en referir la santa alegría que se apoderó de aquellos infelices cautivos, al ver que un sacerdote católico, por tan ingenioso medió consiguió acercarse a ellos para administrarles los Santos Sacramentos y demás auxilios espirituales, de los que por tan largo tiempo hallábanse privados. No pudo el bendito Padre permanecer mucho tiempo entre aquellos desventurados. Tanto éstos como él temían, y con razón, que, bien fuese por denuncia de algún renegado o por otro modo cualquiera, los moros se dieran cuenta de hallarse un Misionero entre los cristianos, y entonces la situación angustiosa de éstos se agravaría en extremo. Así, pues, regresó a Mehdía, habiendo prodigado antes ✽ a los cautivos toda clase de consuelos. ✽

Reunido con su compañero, P. Blas de San Rafael, practicaron ambos todas las posibles diligencias, para conseguir del Sultán que permitiese a los Misioneros libre entrada en el Imperio, con objeto de consagrarse al cuidado de los cristianos. Muchos fueron los pasos que dieron y no menos los resortes que tocaron; pero todos sus generosos esfuerzos se estrellaron contra la fanática obstinación del Sultán que resueltamente se oponía a la entrada de los Misioneros en Marruecos. Los benditos Padres ya nada tenían que hacer allí. Habían cumplido su misión, asistiendo a los cristianos y consolando a los cautivos; se habían informado de la situación y del estado de cosas en Marruecos y, por último, y aunque sin ningún resultado favorable, hicieron cuanto estuvo de su par-

te, para conseguir que el Sultán cediese o fuese, por lo menos, tolerante con los Misioneros. Regresaron, pues, a España y de todo hicieron cumplida relación al P. Juan de Prado.

CAPÍTULO III. - DE LA BUENA COYUNTURA QUE EL CIELO DEPARÓ AL BEATO JUAN DEL PRADO, PARA EL LOGRO DE SUS DESEOS

POR las noticias detalladas que trajeron los padres que regresaron de Marruecos, quedó enterado el Provincial de la situación de aquellos Estados. Con ellas se afianzó más en el propósito que de pasar a aquellas tierras tenía ya formado, resolviendo ponerlo en ejecución tan pronto como terminase su Provincialato. Lo cual aconteció el día 2 de Diciembre de

1623, en que se celebró en Sevilla Capítulo Provincial y en él fué el P. Juan de Prado instituído Guardián del convento de Cádiz. No dejaba de ser ésto un fuerte contratiempo para los planes que tenía formados, pero como buen religioso se sometió gustoso a lo
✻ que disponían los Superiores. ✻

Al ir a Cádiz, llevó consigo a un Venerable Religioso, al P. Matías de S. Francisco, procedente de la Provincia de Filipinas, en la que por su virtud y vastos conocimientos había venido a España para tratar varios asuntos referentes a las Misiones que en el Japón tenía la Orden. Con motivo de este viaje conoció el P. Matías al P. Juan de Prado y ambos congeniaron, y un lazo de santa e indisoluble amistad los unió, porque sus espíritus coincidían en las mismas heróicas as-
✻ 16 ✻

✻ piraciones.

vió a insistir con más ahinco que antes en su plan favorito: las Misiones de Marruecos, a pesar de verlas cerradas con la formidable muralla de la obstinación del Sultán que por nada ni por nadie se avenía a que, en sus Estados tuviesen libre entrada los Misioneros. Y fué designio providencial, que cierto día, que, juntos salieron del convento de Cádiz dos benditos Padres, entrasen en casa de don Alonso de Herrera Torres, toledano, bienhechor de los religiosos, el cual se dedicaba al tráfico comercial en Marruecos, en cuyas principales poblaciones disponía de agentes para los diversos negocios mercantiles. Solicitaron de él que escribiese a éstos con el fin de que obtuvieran del Sultán Muley-el-Malek un salvoconducto en cuya virtud pudieran pasar a Marruecos. Les manifestó lo di-

fícil que sería obtener lo que deseaban, dada la inquebrantable resolución del Sultán. Instaron ellos, y D. Alonso escribió a su principal representante don Francisco Roque, y a un famoso médico cautivo D. Andrés Camelo, transmitiéndoles el ruego de los dos Franciscanos y encareciéndoles la importancia del mismo. Nada pudieron conseguir, tropezaron siempre con la obstinación de Muley-el-Malek, y escribieron, entre otras cosas, que Misionero que pusiese los pies en Marruecos, Misionero que perdería la vida. ❀

Sin embargo, sucedió por entonces que el Sultán se había agravado en la enfermedad del parálisis que padecía y los dolores se le habían recrudecido en extremo. Hizo comparecer en su presencia al médico cautivo, Andrés Camelo, prometiendo darle cuanto

pidiese, si le curaba de aquella enfermedad. Recobró la salud y el médico pidió que le diese libertad, para ir a reunirse con su familia. Negóse el Sultán a la petición del médico, alegando que deseaba retenerle junto a sí, pues tan buen médico era. Tan sólo le concedía que pudiese traer a su familia a Marruecos, donde todos disfrutarían de completa libertad. No insistió D. Andrés, pues demasiado comprendía que, dado el carácter violento del Sultán, lo perdería todo, si no
✧ accedía a sus ruegos. ✧

Entonces D. Andrés, recordando el encargo que le hiciera D. Alonso de Herrera Torres, se puso de acuerdo con D. Francisco Roque, y aprovechando esta coyuntura tan favorable, se presentaron al Sultán. Dijéronle que, para poder venir a Marruecos la familia de

D. Andrés y en Marruecos permanecer con verdadera tranquilidad, era indispensable que fuese acompañada de tres o cuatro religiosos, pues eran cristianos y como cristianos habían de vivir. Opuso algunos reparos el Sultán; pero acordándose del compromiso que de recompensar al médico había contraído, y deseando por otra parte, no indisponerse con don Francisco, que le servía muy bien, pues de él se valía para todos los negocios del comercio que traía entre manos, condescendió con lo que se le pedía y a este efecto expidió un salvoconducto en el que, con fecha del mes de Xaban, el bendito, de 1039—10 de Abril de 1630— mandaba y disponía que ninguno de sus vasallos tomase cautivo a ninguno de los criados ni religiosos que acompañasen a la cristiana D.^a Ana, mujer

del doctor cristiano D. Andrés Camelo, que los encaminasen por donde fuera necesario, que no les impidieran el viaje, para que llegasen a Mazagán salvos y seguros. Y añadía: «si quisieren los dichos religiosos venir a la presencia de nuestro Estado excelso, podrán con tranquilidad venir segurísimos, que doy mi seguro real duradero para todo lo dicho. Y todos nuestros criados a quienes llegare la noticia de nuestro mandato, hagan lo en él contenido.»

CAPÍTULO IV. - DE CÓMO LOGRÓ EL BEATO JUAN DEL PRADO PASAR A MARRUECOS ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

LLEGÓ la noticia de tan feliz concesión a oídos del padre Juan de Prado, que la recibió con el júbilo que es de suponer en un corazón que no



GRAN ALBERCA DE LOS JARDINES DEL SULTÁN

ansiaba otra cosa que pasar a Marruecos, para dedicarse, aunque fuese a costa de su vida, al servicio de los cristianos y propagación de la Santa Fe Católica. Sin embargo, no estaba hecho todo: había que contar también con las correspondientes licencias de los Superiores de la Orden, de la Nunciatura de España, de la S. Congregación de Propaganda y del Duque de Medina Sidonia, Capitán General de las costas Africanas. Este último accedió gustoso a conceder la licencia, pero desistió tan pronto como tuvo noticia de oponerse resueltamente los Superiores a que el P. Juan de Prado, saliese para las Misiones de Marruecos. Necesitaban en España de los consejos y de los ejemplos de virtud de tan esclarecido varón, por lo cual hallábanse decididos a estorbar su marcha. Por ter-

cera vez el bendito Juan de Prado veía deshojada la flor de sus esperanzas. Pero esta nueva oposición, la más ruda de cuantas había experimentado, sirvió para que el Apóstol redoblase los bríos de su ardiente celo e hiciese un esfuerzo más para superarlo. Y tal arte se dió, tan poderosas debieron de ser las razones en que apoyó su petición y tan de manifiesto debieron de poner lo importante de la empresa que acometía y la rectitud de la intención que en ella le guiaba, que el Duque de Medina Sidonia, los Superiores de la Orden y, hasta el mismo Obispo de Cádiz, a quien habían acudido, para que tomase parte en la santa conjuración, enternecidos ante la actitud suplicante del P. Juan, inclinaron la cabeza y gustosos le otorgaron la licencia ❀ que con tan ardientes ansias deseaba. ❀

❀ 25 ❀

❀ Allanada

Allanada tan felizmente esta dificultad, todo cambió de aspecto y no parecía sino que el cielo se ponía de parte del santo Misionero. El Nuncio de Su Santidad informó tan favorablemente, que el Papa Urbano VIII, no sólo le concedió licencia para pasar a Marruecos y reanudar las Misiones, sino que, por diez años y con amplias facultades le nombró Prefecto de las mismas. Muchos pasos, muchos desvelos, muchos sacrificios, no pocas lágrimas y muy fervientes súplicas y oraciones costó al bendito Misionero alcanzar esta gracia, que era la santa obsesión de su espíritu ardientemente enamorado de los desventurados cautivos de Marruecos. Lugar tendremos de ver cómo satisfizo por completo las esperanzas que todos concibieron, dando nuevo lustre a nuestra sacrosan-

ta Religión y preparando el camino, para que el nombre de España se pronunciase en Marruecos con respeto, con veneración y
✻ con cariño. ✻

CAPÍTULO V. - SALEN DE CÁDIZ EL P. JUAN DE PRADO Y SUS COMPAÑEROS. - SU LLEGADA A MARRUECOS ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻ ✻

Y A no había que pensar más que en los precisos preparativos para el viaje. A este efecto, el P. Juan de Prado obtuvo de la caridad de los bienhechores algunas ropas y vasos sagrados y demás cosas indispensables para el Santo Sacrificio y administración de Sacramentos. El Duque de Medina Sidonia le entregó una carta de recomendación para D. Francisco de Almeida, que era a la sazón Gobernador de la plaza
✻ 27 ✻ de

de Mazagán, y otra para el Sultán de Marruecos con quien el ilustre Duque mantenía correspondencia para asuntos de gobierno. Hechos todos los preparativos, el P. Juan de Prado y el P. Matías de San Francisco, a los que se unió el Hno. Fr. Ginés de Ocaña, varón de virtudes a toda prueba y dispuesto a sacrificar su vida por la Fe y por servir a los Padres, en la tarde del 27 de Noviembre de 1630, salieron del puerto de Cádiz a bordo de una embarcación que, por orden del Duque de Medina Sidonia, expresamente preparó a este efecto el Gobernador de esta ciudad, D. Luis Bravo de Acuña. Después de algunos contratiempos que les forzaron a detenerse cuatro o cinco días, llegaron a Mazagán el 7 de Diciembre.

Desembarcaron en seguida, y el P. Juan de

Prado y sus dignos compañeros no se cansaban de dar gracias a Dios por el feliz arribo a las costas africanas. Sobre todo el primero no cabía en sí, tanto era el santo júbilo que embargaba su corazón. Veía convertidas en palpable realidad todas aquellas lisonjeras esperanzas, que por tanto tiempo habían sido el centro en torno del cual giraban todas las aspiraciones de su espíritu de Apóstol, y para cuya realización todo lo había sacrificado. Ya estaba en África y pronto estaría en Marruecos, en ese Marruecos en el que, siglos atrás, por la Fe lucharon sus hermanos de hábito y por la Fe perdieron sus vidas. Conducido por el espíritu de Dios, allí iría él, llevando la luz de su sabiduría, los frutos de su experiencia en la santificación de las almas y la llama de su celo, para llegar hasta el sa-

crificio de su vida por la causa de Dios. El Gobernador de Mazagán recibió a los santos Misioneros con indecibles muestras de afecto, prodigándoles todo género de atenciones, hasta el extremo de no permitir que se hospedaran nada más que en su propio

✻ Palacio. ✻

Al día siguiente le pidieron su beneplácito para proseguir el viaje a Marruecos. Prudente el Gobernador les advirtió que era indispensable revalidar el salvoconducto del Sultán, pues de la inconstancia de los moros podía temerse que, a pesar de ser tan expreso y terminante el que traían, no le diesen ya por válido. Conformáronse y de buen grado admitieron tan prudentes consejos. Practicó aquél las diligencias necesarias para la revalidación. Llegó ésta, o por lo menos esa era

✻ 30 ✻

✻ la

la convicción de todos, pero se suponía, y con mucho fundamento, que el Gobernador no quería presentarla, parte por no privarse de la compañía de los Misioneros y sobre todo, porque temía que los moros cometiesen alguna tropelía contra ellos. Hizose el desentendido el P. Juan de Prado y, acompañado del P. Matías, salió de la ciudad por la tarde con el pretexto de dar un paseo, dejando en la ciudad a Fr. Ginés, a quien instruyó previamente en lo que había de hacer. Llegada la noche, en vez de regresar a la ciudad, emprendieron los dos el camino de Marruecos. Como era natural, el Gobernador notó en seguida la falta de los PP., y adivinando las causas, dió órdenes para que salieran en su busca, yendo él por otros caminos en su seguimiento. Al fin, los halló y puso en juego

todos los recursos para disuadirlos y hacerlos regresar a Mazagán. Pero el P. Juan de Prado con muy buenas razones se negó, diciendo que él había venido para ir a Marruecos y a Marruecos había de ir. En esta santa porfía venció el P. Juan de Prado, pero si accedió a regresar a la ciudad, fué porque el Gobernador, bajo juramento, le prometió que al día siguiente les dejaría partir para Asimur, desde donde podían seguir su viaje

✿ para Marruecos. ✿

CAPÍTULO VI.-COMIENZAN LAS DIFICULTADES Y CONTRATIEMPOS ✿

PERO de regreso a Mazagán se encontraron con la nueva de haber sido asesinado el Sultán Muley Abd el-Malek. El hermano de éste, Muley el-Valid, fué el que buscó y pagó a los

asesinos y se hizo proclamar Sultán de Marruecos. Ya no servía para nada el salvoconducto que tenían, y así se lo hizo ver el Gobernador a los santos Misioneros. Estos, sin embargo, permanecieron firmes en sus santos propósitos, e insistieron en la prosecución de su viaje, en vista de lo cual, el Gobernador los dejó partir, poniendo a su servicio algunos moros soldados que les escoltasen hasta Asimur. El Gobernador de esta plaza, a quien presentaron los PP. Misioneros las cartas del de Mazagán, los obsequió y atendió con esmerada solicitud, pero advirtiéndoles que sería imposible seguir adelante, sin obtener un salvoconducto del nuevo Sultán, diligencia que él se encargaría de practicar con toda la brevedad posible, como así lo hizo, permaneciendo

catorce días en Asimur los santos Misioneros, que fué el tiempo que se tardó en recibir

✻ la contestación. ✻

Llegó ésta, que era favorable a la ida de los PP. a Marruecos. Para ir a este punto, que era el objeto de sus ansias, se incorporaron a una caravana compuesta de moros y judíos. Unos y otros, durante el largo camino, hicieron a los benditos Misioneros objeto de toda clase de befas y escarnios, achaque muy común y natural en esta clase de gente, sobre todo cuando cuenta con la impunidad. En Tensift, río que corre a unos diez kilómetros de Marruecos, hicieron alto. De allí se destacaron algunos, para ir a Marruecos y dar, según es costumbre, cuenta del número y calidad de las personas que componían la caravana. Con este motivo se enteraron los

cristianos de que los PP. Misioneros estaban para llegar. Con júbilo indecible vieron ser ya una realidad las promesas que por cartas les tenía hechas el P. Juan de Prado, y, locos de contento, salieron a recibirlos. El encuentro no pudo ser más emocionante: cristianos y Religiosos se abrazaron mutuamente, y entre los sollozos de unos y de otros sobresalía la voz del P. Juan que, haciendo esfuerzos sobrehumanos, a todos prodigaba palabras de consuelo y para todos tenía frases
✻ de aliento. ✻

Calmada la agitación de esta natural alegría, los cristianos, que conocían perfectamente la dura condición del Sultán, y temerosos de que el bien que gozaban con la presencia de los PP. Misioneros les durase poco, rogaron con todo encarecimiento al P. Juan de
✻ 35 ✻

✻ Prado,

Prado, que, puesto que había de ser recibido por el Sultán, una vez en presencia de éste, se limitase a presentar las cartas que traía y que le acreditaban de enviado de los Gobernadores de Asimur y de Mazagán y, sobre todo, del Duque de Medina Sidonia que en calidad de Embajador le enviaba. Algún tanto contrarió esta súplica al santo Misionero, cuyo celo no se avenía bien con tal demanda; pero haciéndose cargo de todo y que a los cristianos no les faltaba razón en lo que con tanto ahinco le pedían, les prometió acceder

✻ a sus ruegos. ✻

Mientras ocurrían tan tiernas escenas en el barrio de los cristianos, el Sultán deliberaba con sus ministros sobre si recibiría en seguida a los Misioneros, para que éstos le presentasen las cartas que traían de las autoridades

españolas, o si sería mejor diferir la audiencia para el día siguiente. El acuerdo que se tomó, fué el de no recibirlos, hasta que no hubiesen descansado de las fatigas del viaje, y así se hizo saber a los santos Misioneros. Hospedáronse éstos en casa del almocadén de los cautivos, cristiano, especie de superintendente nombrado por el Sultán, para cuidar y entender en todas las cosas domésticas de los cautivos.

CAPÍTULO VII. - RECIBE EL SULTÁN A LOS MISIONEROS Y TERMINANTEMENTE LES MANDA SALIR DE MARRUECOS, SOPENA DE SER DECAPITADOS



El día siguiente 3 de Abril, el P. Prado celebró el Santo Sacrificio de la Misa en la Sagena, cárcel o

barrio de una sola entrada, cerrada por fuerte puerta y en el que sólo vivían los cautivos solteros que no se hallaban al servicio de ningún dueño particular. Allí estaba la antigua y primitiva Iglesia de la Misión, que nuestros Santos Misioneros pusieron en condiciones de poderse celebrar en élla los



Divinos Misterios.



El Sultán seguía deliberando con sus consejeros, pero con la particularidad de que lo que se trataba era de si los Padres españoles habían de ser recibidos como Embajadores del Duque de Medina Sidonia, o de si se les debía cortar la cabeza. Dados los instintos de crueldad que caracterizaban a este Sultán, todo podía temerse. Para él no había trámites, ni principios de derecho, ni aun los más elementales rudimentos de justicia. Menos

bárbaro y cruel el Kadi, se opuso tenazmente a resolución tan violenta, como era quitar la vida a los que venían de Embajadores de una autoridad española.

Prevaleció este dictamen y los Santos Misioneros fueron admitidos a la presencia del Sultán. El P. Prado presentó las cartas que traía y el salvoconducto correspondiente; pero el Sultán, que no buscaba otra cosa que salirse con la suya, alegó la extraña razón de no ser para él aquellas cartas, sino para el difunto Sultán, mandando a los Misioneros que inmediatamente saliesen de sus estados, si no querían sentir todo el rigor de su justicia. En vano le hizo ver el P. Juan del Prado, que éste era un detalle de ninguna importancia, pues él traía la Embajada para el Sultán, para la autoridad de Marruecos, no

Los cristianos que los vieron salir, fueron en seguida a su encuentro, para acompañarlos, mientras que otros, con dádivas y obsequios, consiguieron de los guardias que los permitieran la entrada en la Sagena, proponiéndose con esta medida aquellos pobres cautivos retener en su compañía a los Santos Misioneros de los que tantos consuelos recibían. Pero como las personas de autoridad, cuanto son más arbitrarias y despóticas, suelen tener más viles aduladores, y éstos de la bajeza hacen un dios, y de la infame delación, una virtud, algunos cristianos renegados fueron a decir al Sultán que los padres, contraviniendo a sus órdenes, se hallaban ocultos en la Sagena. Fué lo bastante para que aquella fiera montase en cólera y mandase que, si los Misioneros cristianos no salían

✻ 41 ✻ ✻ inmediatamente

inmediatamente de sus estados fuesen decapitados. ❀ ❀

CAPÍTULO VIII. - NUEVAS PRETENSIONES E IMPERTINENCIAS DEL SULTÁN Y CONVERSIÓN DE RENEGADOS ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

FUÉ preciso valerse de nuevas estratagemas. El P. Juan de Prado y Fr. Ginés se ocultaron en la casa del almocadén, Manuel Alvarez, y el padre Matías, en la del médico Andrés Camelo. Mas esto duró poco, pues los renegados volvieron a delatarlos y, como si esto no fuera bastante, el judío que solía hacer de intérprete en la corte del Sultán, le dijo a éste, que él había oído decir a los Misioneros que el propósito que les había traído a Marruecos, era el de convertir al cristianismo a todos los ❀ 42 ❀ ❀ moros.

moros. Mil vidas que tuvieran, hubieran dado los benditos Misioneros a trueque de conseguir la conversión de los moros. Pero tanto el P. Prado como sus compañeros eran lo bastante prudentes, para no proferir unas expresiones que, como esas que se les atribuían, podían comprometer seriamente, sin ningún resultado ventajoso, la santa causa que representaban, ni menos delante de un judío a quien, ni poco ni mucho, interesaban los fines y nobles propósitos que trajesen a Marruecos, razón por la cual no tenían por qué expresarse delante de él en esos términos. El resultado fué cargarlos de cadenas y encerrarlos en dura prisión, dando orden ❀ de que fuesen tratados con todo rigor. ❀

Transcurridos algunos días, los hizo llevar a su presencia. Lo primero que se le ocurrió ❀ 43 ❀

❀ fué

fué, que los Santos Mártires, al verse tratados con tanta dureza, en lo que menos pensarían sería en seguir adelante en la prisión y que atropellarían por todo con tal de salir de ella cuanto antes. El Sultán, como todos los déspotas, por la bajeza y cobardía de su ruín corazón, medía el corazón y el espíritu de los demás. Fijo en un supuesto tan absurdo y descabellado, propuso al P. Juan de Prado, que si querían verse libres de aquellas prisiones, bastaba con que se comprometiese a trabajar ante el Gobernador de Mazagán para que entregase la plaza y se retirase con las tropas que la guarnecían. Aquí ya no se proponía a los ínclitos Misioneros una abdicación de sus creencias, sino un delito de alta traición a su patria. Sin vacilar, y con una entereza indomable, recha-

zaron con desprecio una propuesta tan indigna. Mal conocía el Sultán a los Misioneros católicos, al juzgarlos capaces de semejante villanía. Sin duda creería, que como los renegados se habían prestado siempre a secundarle en éstas y en otras enormidades, podría conseguir otro tanto de los Misioneros y más con la esperanza de romper éstos las cadenas que los aprisionaban. Pero de los renegados sería todo eso, y mucho más, fácil de conseguir, pues al fin habían pisoteado sus creencias religiosas y con ellas la virtud del santo amor a la patria. Mas en el Misionero católico que se deja encarcelar, encadenar, maltratar y matar por la Fe y Religión, la virtud del patriotismo se eleva a la misma altura que las virtudes de la santa Religión que defiende a costa de su vida, y

mientras no claudiquen éstas, aquélla permanecerá tan firme e inconvencible como
una roca.

Muley el Valid se encontró no sólo con tres humildes Franciscanos firmes en su Fe, sino con tres patriotas que en su tenaz resistencia a ser traidores a su patria, se elevaban tanto más cuanto que no disponían de ningún medio para resistir ni defenderse, y con altanería cristiana despreciaban con desdén la libertad y la vida que se les ofrecía por una cosa tan fácil como era interceder ante el gobernador de Mazagán para que entregase la plaza. Sacó fuera de sí al Sultán esta resistencia tan inesperada y entonces adoptó la resolución de herir a los benditos Misioneros en aquello mismo que podía serles más doloroso. Quiso obligarlos a que en su presencia,

cia, y con ayuda de los renegados, parodiase-
sen las sagradas ceremonias de la Santa
Misa, Confesión y de otros actos de la Reli-
gión Católica. A los renegados les faltó tiem-
po para desempeñar su indigno y repugnante
✻ papel. ✻

Mas el P. Juan de Prado, santamente indig-
nado, con la elocuencia y energía que en ta-
les casos sabía emplear, les afeó con tanta
eficacia su modo de proceder que algunos,
recapacitando sobre la enormidad de su vil
conducta, allí mismo le pidieron perdón y
que los admitiese en el seno de la Iglesia. ✻

CAPÍTULO IX. - LA SANTA MISA
EN LA MAZMORRA ✻ ✻ ✻ ✻ ✻



o fué necesario más, para que la
cólera del Sultán llegase a su
mayor grado de excitación. Des-

compuesto y frenético mandó que les aumentasen las cadenas, que en la cárcel se les encerrase en el lugar más oscuro e incómodo y que sin ninguna consideración se les condenase a los más penosos trabajos. Y allí, en lóbregas mazmorras, fueron encerrados los tres Misioneros, mostrando en sus rostros la alegría que les causaba el sufrir y padecer por el doble motivo de ser fieles a su Religión y a su Patria. Obligábanlos en la cárcel a moler carbón, salitre y a ejecutar otras clases de trabajos, teniendo que sufrir al mismo tiempo los golpes, bofetadas y palos con que los desalmados carceleros los atormentaban, para más escarnecerlos. ❀

Contra el que más se ensañaron fué contra el P. Juan de Prado, para el que por sus achaques y sus años, eran más dolorosos tales tormentos. ❀

mentos. Había en aquellas prisiones algunos cristianos, al consuelo de los cuales atendían los Santos con caritativa solicitud. Pudieron éstos ingeniarse, para que los cristianos de fuera les trajesen, con todo sigilo, cuanto era necesario para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Sobre uno de los morteros que les habían dado para moler azufre, colocaron una tabla y así improvisaron un altar. Cuadro de sublime grandeza ofrecería a aquella escena en la que el bendito P. Juan de Prado, sin poder apenas tenerse en pie, ofrecía a Dios en aquellos calabozos el Santo Sacrificio y de él hacía participantes a aquellos desventurados cristianos que, en medio de sus crueles penas, tenían el consuelo de recibir el Pan Eucarístico administrado por un sacerdote cuyos pies y manos desfallecían al peso de

duras cadenas. Así transcurrieron varios días, hasta que de nuevo comparecieron ante el Sultán.

CAPÍTULO X. - NUEVOS TRIUNFOS DEL P. JUAN DE PRADO, ANTE EL SULTÁN

CUARENTA días hacía que los santos Misioneros estaban en la cárcel sufriendo todo género de prisiones y tormentos, hasta que, por fin, el día 24 de Mayo el Sultán dió orden para que el P. Juan de Prado compareciese en su presencia. Con sus consejeros y con los adula- dores renegados había formado el plan de hacer que los Misioneros abrazasen la ley de Mahoma. Prometíase un feliz resultado, pues suponía, y aun daba por descontado, que hallándose, como se hallaban fatigados

rendidos por el hambre y los trabajos forzados y sin poder apenas sostenerse en pie, en fin, más muertos que vivos, se someterían a sus indicaciones y exigencias.

Hizo que trajesen al P. Prado, esperando que por ser el más anciano y más atormentado que los demás, fácilmente se entregaría y, rendido éste, los otros no tardarían en seguir su ejemplo. Pero bien poco duró esta necia ilusión de Muley-el-Valid. Frente por frente con el P. Juan empezó a hablarle con blandura y a brindarle con mil ofrecimientos y promesas que vería cumplidos tan pronto como desistiese de sus propósitos. Hasta llegó a preguntarle si le aborrecía, oyendo por toda respuesta estas palabras: «ni te aborrezco, ni he dejado de amarte, ni los trabajos que me has hecho sufrir han disminuído en

lo más mínimo el ardiente deseo que me movió a salir de España, para traerte una Embajada que aún no has querido oír.» Escuchábase embelesado el Sultán por la gravedad y elocuencia con que siguió expresándose el bendito Mártir, como atestiguaron después muchos de los renegados que presenciaron

✻ la entrevista. ✻

Mas cuando el P. Prado terminó rogándole que dejase la falsa ley de Mahoma y abrazase la Fe de Cristo, aquella blandura y amabilidad que hasta entonces había aparentado, desapareció repentinamente, para dar paso a uno de esos accesos de furor de bestia indómita en él tan frecuente, y mandó que amarrasen fuertemente a una columna al Santo Misionero y que le azotasen hasta que perdiese la vida o se hiciese mahometano. Tan

✻ 52 ✻ ✻ cruelmente

cruelmente azotaron al anciano Misionero, que la sangre corrió en abundancia y las carnes se las desgarraron hasta el extremo de ❀ dejar descubiertos los huesos. ❀

Mientras tanto, el santo esforzándose cuanto podía, seguía inquebrantable, como esas rocas que aparecentanto más fuertes, cuanto son más combatidas por las olas. Como el santo Mártir extenuado, por los golpes, cesó de hablar, el Sultán interpretó este silencio como signo de que se rendía ante el tormento y que era un hecho su conversión a la ley de Mahoma. Para cerciorarse, le preguntó si abrazaba la ley mahometana, pero al oír que las palabras con que la reprobaba eran más enérgicas que antes, mandó azotarle de nuevo y con más rigor, dejándole tan mal parado que, ya sin fuerzas, se desplomó. ❀

CAPÍTULO XI. - MARTIRIO Y GLO-
RIOSA MUERTE DEL P. JUAN DE
PRADO * * * * *



vista de aquel sangriento espec-
táculo, se recrudecieron los
cruels instintos del Sultán.

Mandó que inmediatamente trajesen allí a los dos compañeros que se hallaban en la prisión. Al ver el P. Juan de Prado a Fr. Ginés y al P. Matías, se reanimó y aun pudo pronunciar algunas palabras, para exhortarlos a permanecer constantes en la Fe y no temer a los tormentos, pero en seguida, cediendo las fuerzas de aquel cuerpo desmayado y desgarrado, inclinó la cabeza, quedando bañado en sangre. Por otra parte, el P. Matías y Fr. Ginés mostraron ser dignos compañeros y hermanos de aquel Santo Varón que

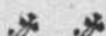
aun en tan piadosa ocupación, cuando se presentó un renegado, para de orden del Sultán, llevarse al P. Prado. Despidióse éste de sus hermanos y demás cristianos que en la prisión se hallaban, pues suponía que no volvería a verlos en este mundo. ❀

Ya en la presencia del Sultán, éste, cada vez más obstinado en la descabellada obsesión de atraer a su falsa ley al P. Juan, tuvo la insensatez de preguntarle, cuál de las dos religiones era mejor, si la de Cristo o la de Mahoma. La respuesta no se hizo esperar, y de nuevo, aunque débilmente por la falta de fuerzas, resonó la voz del Mártir en aquel tribunal, confesando sin rodeos la Fe de ❀ Cristo y execrando la ley de Mahoma. ❀ Al bárbaro Sultán no se le ocurrió otra réplica, que desenvainar el alfanje, y coninhuma- ❀ 56 ❀ ❀ na

na ira, llegándose al Mártir valeroso, le tiró un golpe tan recio, que dejándole la cuchilla en la cabeza, aun no podía sacarla, para ase-
gundarle con otro. Abrióle una herida mor-
tal en el lado izquierdo de la cabeza, diciéndo-
le al descargar el golpe cruel: «Perro, vuélve-
te moro, o morirás». A este tiempo llegaban
los ministros con los dos santos compañeros
que había mandado traer, para ejecutar en
✻ ellos el castigo amenazado. ✻

En el mismo instante que el Santo vió que
caía aquella precipitada sangre de su cabe-
za, como era lo que más deseaba, haciendo
alás de su agradecimiento en la tiernísima
consideración de la lanzada cruel, que rom-
pió el pecho Divino de su martirizado Maes-
tro, puso los brazos en cruz, y arrebatado su
espíritu en incendios amorosos, se arrobó
✻ 57 ✻ elevándose

elevándose de la tierra en esta postura



devota.



Ciego había caminado siempre el tirano Muley el-Valid, aunque ofuscado con sus mismas tinieblas, pero ya su malicia obstinada se remató en este lance; porque con estudiosa protervidad cerró los ojos, por no ver las luces, que tanto le habían admirado. Siempre cerró los oídos a las voces, pero ahora cerró los ojos a las claridades, para acabar de precipitarse con la misma lumbre, que lo podía detener firme: aun en la material vista parecía que tenía obscuridades, pues totalmente arrebatado, viendo lo animoso con que proseguía el Santo, pidió flechas, para hacerlo blanco de sus iras.

Quiso armar el arco, y lo tenía tan sobresaltado el lance antecedente, que en buen rato

no pudo poner en punto la saeta, y después que lo pudo ajustar, disparó la primera, pero tan turbado el pulso, que con estar no más que diez pasos retirado, no pudo lograr el tiro, * aunque le tocó el hábito alguna parte. * Volvió a pedir otra flecha, y mientras la disponía, llamó a cuatro moros y renegados, y les dijo que fuesen a persuadir a los dos compañeros, que estaban a la vista, que se volviesen moros y renegasen, por que de no hacerlo, serían víctimas de su arco, como lo * era el compañero de sus tiros. *

Quisieron estos enviados hacer sus amonestaciones más eficaces con el rigor que con la suavidad y así, desnudando los alfanjes, comenzaron a esgrimirlos, diciéndoles que aquellos filos les cortarían las cabezas, si * arrepentidos no se volvían moros. *

Era el más inmediato por aquel lado, que vieron, el santo Fray Ginés, y con revelada sabiduría los arguyó tan valeroso, que aunque el P. Fray Matías prosiguió después de su reprehensión católica, con la de Fr. Ginés, salieron totalmente temerosos y desesperados de su intento. Al enfervorizado rumor de las voces apostólicas de los dos compañeros y de las amenazas que los moros les hacían, volvió la cara el santo Mártir, que no estaba de allí más de ocho pasos, y los miró con ternura, reparando entonces, que el Rey tenía junto a sí a cinco mozos cautivos, que con violencias crueles había hecho

✻ apostatar el Viernes Santo. ✻

Encendido en santo celo dijo con valentía:
¡oh tirano! ¿No basta que cruel destroces los
cuerpos, sino que soberbio pretendas tener

también jurisdicción en las almas? Esas, que infelices te asisten a tu lado tienes tiranizadas a Dios, que es su único dueño. ❀

Como cristiano sufrió con paciencia sus propias injurias, pero como Católico Ministro no pudo disimular las ofensas que a Dios se le hacían: que si es piedad Evangélica perdonar propios agravios, es impiedad introducida por el demonio el callar las ofensas que contra Dios se cometen, y más si se pueden remediar, no disimulándolas. Elevó entonces el extático Mártir los ojos al cielo, y quedando suspenso un poco, recomendó a la piedad Divina a sus dos compañeros, para que su Majestad los asistiese y sacase victoriosos de aquellos enemigos y que a todos los diese luz, para que conociesen sus engaños, con especialidad a los renegados

infelices, para que arrepentidos como Pródigos lo buscasen como a misericordioso Padre. Volvió de la suspensión deprecatoria y continuó su predicación Evangélica, exhortación caritativa con especialidad a los apóstatas, que eran los que miraba con lástima más punzante y a quienes frecuentemente trataba entonces con el dulce título

✻ de hermanos. ✻

Como el Rey se había divertido algo en lo antecedente, tardó mucho en disponer el arco para asegundar el tiro, quedó el santo Prado casi exangüe, por la gran copia, que había brotado la herida mortal de la cabeza. Cayó desmayado, pero sin dejar de predicarle, aunque pronunciaba las voces con muy poco aliento. Como el Rey le vió cárdenos los labios, pálidas las mejillas, desalen-

tado el pecho, y ya casi difunto, creyó que expiraba y antes que le viese totalmente cadáver, quiso que un renegadillo pajezuelo suyo, llamado Alxibec, ganase la indulgencia de atormentarlo y le mandó que le entrase la punta del alfanje por la boca para que, cortando sus dos agudos filos lengua y labios, no pudiese predicarle más; si es, que no había sido más de parasismo, la que juzgaba muerte, con cuya atrocidad quiso sin duda hacer experiencia cierta, de si realmente había ya expirado. Hízolo el mozuelo como lo había mandado el Rey, y el Santo luego que sintió junto a sus labios el acero, abrió gustoso la boca, para recibir más aquel martirio, acordándose de la amargura que pusieron ✽ en los labios de su Crucificado Dueño. ✽ Lamía el acero donde chupaba su sangre, y ✽ 63 ✽ ✽ es

es que estaba sediento de penas, y a imitación de la esponja amarga de su adorado Jesús, quiso que el gusto no quedase sin tormento, cuando le vino la ocasión tan a su paladar. Retirado el renegado, y habiéndole dicho a su amo que aun el santo vivía, reparó el quebrantado Mártir, que el Rey le asestaba otro tiro, y para que no errase el golpe como en la primera saeta, quiso ponerse en pie; pero era ya la debilidad tanta, que no pudo. Hincóse empero de rodillas y para darle más franco su pecho encendido, abrió los brazos en cruz, haciendo blanco seguro de su animoso corazón. En esta santa postura estuvo hasta que crugiendo el arco la cuerda, le clavó la saeta primera con tanta velocidad y valentía, que aun no pudo blandirse, porque le atravesó el pecho, quedando la mayor parte den-

tro de las entrañas. Clavóle algunas más, estando aun de rodillas, pero la sangre que sacaron estas lancetas, con la antecedente sangría, totalmente derribó al valeroso Mártir, sin poder ya permanecer en aquella postura devota.

Como eran tan inextinguibles y tan vivas las ansias del padecer, porque el tirano no malograrse los tiros, que prosiguió, así en tierra como estaba, afirmó el codo en el suelo y dejando caer la mejilla sobre la mano, haciendo alguna fuerza, levantaba el pecho siempre que veía venir la flecha, para que no le llevase el aire lo que su corazón buscaba. Así estuvo todo el tiempo que le duraron las saetas al aljaba, de la cual le clavó siete puntas, quedando con plumas tan vistosas más alada su alma para volar a los cielos.

Dijeron después los renegados y algunos
cautivos, que al tiempo de recibir los flecha-
* zos hablaba muchos latines. *

Volvió a predicar al Rey desengaños, y como
concluyó sus amonestaciones con decirle:
«Tirano, estas saetas que has puesto en mi
frágil carne, serán testigos de tu obstinación
y de las verdades que te he predicado y que
ciego desprecias». Preguntó el Rey lo que
decía, e informado de su inteligencia mandó
que a cuchilladas lo enmudeciesen. Cayó
entonces la cabeza en tierra, porque ya no
tenía alientos para sujetarla aun con el enti-
bo del brazo. Parecióle al Rey que ya agoni-
zaba y largó el arco, para que en cumpli-
miento de su Alcorán lo quemasen vivo an-
* tes que llegase totalmente a expirar. *

Llegaron muchos moros y renegados, y
* 66 * desnudando

desnudando sus bárbaros aceros, le dieron muchas heridas, tan penetrantes, que sólo por milagro pudo vivir después muy poco tiempo. Cogiéronlo algunos por las cadenas y lo sacaron arrastrando de los jardines, dislocándole muchos huesos; renovándole las heridas las saetas, que algunas se quebraron, quedando los hierros dentro de la carne, y abriéndole de nuevo entre las piedras otras muy lastimosas, quedando pegadas en muchas sus canas venerables con parte del cutis, y regado todo el parque con calientes arroyos, que pisaron otros en menosprecio de nuestra Santa Ley, y aborrecimiento genial del ínclito Mártir, pues no podían sufrir el ejemplo de tan grandes virtudes como daba muestras que bien demostraban

✻ la verdad de su santa Fe. ✻

CAPÍTULO XII. - ARROJAN AL VENERABLE PADRE EN UNA HOGUERA PERMANECIENDO ILESO ❀ ❀

DESPUÉS que el inicuo Monarca dió el final mandato, declarando la sentencia de quema, se retiró con su comitiva a su alcazaba y tomó trono en unos corredores del Palacio, que volaban a la plazuela. Tenía aquí gran cantidad de leña prevenida y el fuego ya prendido en ella. Mientras se ponía más voraz el fuego, andaban buscando cautivos, que llevasen al último suplicio al santo paciente, porque así lo había el Rey ordenado, pero apenas ellos oyeron el ingrato orden, procuraron la fuga, por no intervenir aun involuntariamente en tan sacrílego crimen. Habían estado muchos escondidos entre los acomu-

❀ 68 ❀ ❀ nados

nados ramos de la huerta, llorando las crueldades que se ejecutaban en su santo Ministro, pero huyeron luego que vieron la diligencia que hacían los verdugos para que fuesen palanquines de tan preciosa carga. Había también muchos protestantes de algunas Naciones extranjeras, y aunque amagaron también a huír, tuvieron el paso muy perezoso, porque también eran enemigos de la



Fe Romana.



Llegaron los Algoces al sitio donde estaba tendido en tierra el santo Mártir, mandando a los cautivos que lo levantasen, pero ellos no se atrevían con que aquellos infernales verdugos les daban muchos palos. Vió el santo (que ya había recobrado algún aliento) cómo trataban con tanto rigor a los esclavos y miserables, violentándolos a la carga de su

cuerpo y con penoso sentimiento les dijo: Hijos míos, a un pobre esclavo importa obedecer a su dueño y más siendo tan tirano. Haced lo que os mandare, ya que Dios os ha puesto en esclavitud tan mísera, que no ofendéis a su Majestad en cargar conmigo,  porque el Rey os lo manda. 

Tomaron algún ánimo con estas razones, y entibado de todos levantaron el descoyuntado cuerpo, para ponerlo luego en los brazos. Así que asentó el pie el valeroso Capitán, les dijo: Hijos, aunque no tengo alientos para vivir, buscaré esfuerzos para morir por nuestro Dios. Dejadme, a ver, si puedo irme por mi pie, que a morir por causa tan justa, no quiero que imaginéis que me lleváis forzado sino que me voy gustoso. No obstante le espaldaron en los brazos, y en esta forma  70   caminaron

camminaron acompañados de gran multitud
✽ de morisma y de verdugos. ✽

Por no andar aquellos pasos de la muerte ocioso, comenzó el Ministro Evangélico a predicar, aunque desalentado, a los cautivos portadores, para pagarles la buena obra, que le hacían en ser cirineos de sus cadenas, para que en más breve llegase a morir por la Fe, que era el fin único, que le encendía. No sabía, que eran herejes; porque como había tenido fuera de la cárcel muy poco trato con ellos y eran tantos, aun no tenía individual conocimiento de todos. Predicábales como a católicos, animándolos a la paciencia en su esclavitud; tolerancia en las penalidades, y firmeza en la verdadera Fe de la Iglesia Romana. Tratábalos con el dulce título de hijos, despidiéndose de ellos, y consolándolos

con tanta dulzura, que aunque ciegos en sus errores no pudieron reprimir muchas lágrimas, que en algunos fueron indicio de su arrepentimiento; pues abjurando de sus herejías, se reconciliaron después con la católica Iglesia; y en los demás fué a lo menos el llanto de compasión, aunque los fiscalizaban

✻ sus malas y erradas conciencias. ✻

Iba por cabo principal de toda esta tropa el impiísimo sobrestante; y al ver tan llorosos a los cautivos, les dió con un bastón muchos palos, diciendo: Perros, pues así lloráis a un hombre tan infame, que ha puesto su sacrilega lengua en nuestro Profeta y Ley, y que ha enojado al Señor con tan locas palabras? Sintió el Apostólico Ministro más estos golpes, que sus propias cuchilladas: y mirando, a que no les volviesen a maltratar, les dijo:

Hijos míos, no lloréis sobre mí, que las lágrimas más noble empleo merecen: gemid de corazón siempre vuestras culpas, y llorad amargamente las penas, que a nuestro Redentor Divino causaron nuestros yerros; pero cautelad el llanto por ahora, que yo callaré también, si mis palabras os lo motivan, que no quiero ser causa de que os lastimen. Llegaron a la Plaza del Palacio, donde esperaba el Rey acompañado de su mayor nobleza, y como un tiro de piedra del pavoroso incendio, depusieron los cautivos su religiosa carga, que quisieran más bien portearla a más seguro puerto que dejarla expuesta a tan inhumana crueldad. Estuvo allí recostado en el suelo, porque esperaban que toda la leña se encendiese, para que fuese más la actividad en quemar la consagrada víctima. ❀

❀ 73 ❀

❀ No

No tenía alientos para sustentar la cabeza, y le sobraban ánimos para proseguir contra los moros en su predicación Apostólica, cuyo tesón sólo lo suspendió la muerte. Por esta causa se llegó con impía braveza uno de los primeros ministros del Rey y entre injuriosas palabras le dió algunos palos en su venerable rostro, de suerte, que le descom-
* puso mucho su santa boca. *

Esta crueldad, que era propiedad más de un tigre, que pasión de un hombre, fué en aquel lance tan bruta, que motivó al impiísimo sobrestante de la pólvora a reñirle y arrojarle del sitio, hombre sin razón. En esta esquivada espera, estaba ya agonizando en el común concepto, aunque todos los que gozaban la luz de nuestra verdadera Fe, tuvieron por milagrosa la vida, que había logrado hasta

entonces, desde que el Rey le dió la cuchillada; pero los moros lo atribuían todo a diabólico pacto. Daba el Santo Mártir algunas vueltas en el suelo con las mortales ansias, tronchándose las saetas, que habían quedado, aunque los hierros venenosos se quedaban aljabados en el cuerpo. ❀

Una sola se le cayó, y con santa codicia la guardó el cautivo católico, pareciéndole, que quedaba el más enriquecido de todo el cautiverio con joya tan apreciable. Esta misma saeta vino después a la nobilísima veneración del Duque de Medina Sidonia, que como tan comprensivo de las singulares virtudes del invencible Mártir, la recibió como reliquia de un hombre, que siempre estimó como a santo. Al dar el Siervo de Dios aquellas agonizadas vueltas, arrojaba por la boca

mucha sangre cuajada, porque sin duda te-
✻ nía todas las entrañas partidas. ✻

Estaba ya toda la hoguera encendida y viendo los moros que acababa, porque la última boqueada fuese siquiera en el fuego, lo cogieron entre muchos, y lo arrojaron desplomado todo en la hoguera. Luego que se vió en las brasas, cobró nueva vida, y como sino hubieran antecedido tan evidentes pronósticos de su examinación, se puso de rodillas entre los encendidos troncos, abriendo los brazos en crucificada forma. Apagábase ya la gastada luz de su vida, y así que tocó en el humo, volvieron sus vitalidades a encenderse. Hincado pues de rodillas en las voracidades del fuego, puestos en cruz los brazos, y hecho de las densas llamas gustoso púlpito, comenzó el último Sermón el Orador Evan-

gético con la voz tan vigorosa, como si predicara la primer vez en el descanso de una iglesia; aunque algunas veces las llamas, que le daban en la boca, solían confundirles a los
✽ oyentes, algunas palabras. ✽

En esta forma les estuvo predicando mucho tiempo, abjurando de la maldita secta de Mahoma, y amonestándolos por verdadera, y segurísima la Fe de Jesucristo. No se atrevió en todo este tiempo la voracidad de las llamas, a quemarle ni el más pequeño hilo del pobre hábito: porque el fuego sujetó su actividad implacable a la divina obediencia, que para mayor confusión de aquellos bárbaros, le mandó que no quemase a su Siervo. y Él rendido a la Providencia Soberana convirtió su inclinación impaciente en halagos suaves, conmutando sus rigores en blanduras.

CAPÍTULO XIII. - MUERTE FELIZ Y
PRODIGIOSAS CIRCUNSTANCIAS ❀



COMO aquellos ciegos ministros vieron, que aun ya en el último trance no dejaba de abominar a su Profeta; con la licencia general y absoluta, que les dió el Rey de acabarlo; viendo, que se burlaba del incendio, ya desesperados de que no moría, y por no oírle predicar, cargaron todos de piedras y tirándolas, con la barbaridad más enfurecida, apostaban al que lo derribaba primero. Llegaba la furiosa piedra, y dando en el bendito cuerpo, se retiraba confusa al ver, que lastimándolo mucho, no podían derribar tantas su inmovilidad constante. Tiráronle tantas, que casi apagaban el fuego; pero habiendo algunas tan pesadas, que era preciso cogerlas entre

dos, y dejándolas caer a peso sobre los hombros, espaldas y cabeza, ni le quitaron los brazos de la devota forma de Cruz, en que los tenía, ni lo derribaron en las brasas; ni lo pudieron enmudecer, para que cesase de predicar.

Hacían las piedras su operación en el lastimar, porque fueron innumerables las heridas, que le abrieron, con especialidad en la cabeza; pues depuso un testigo en su jurídica causa, que le vió blanquear los sesos, como espumas, porque las piedras los habían reventado; y con todo eso, ni la gravedad y multitud, ni el feroz impulso de la mano que las despedía, pudieron hacer, que el cuerpo se moviese. Mantúvolo Dios, inmóvil y firme para mayor testimonio de su maravilloso poder; pues iba encadenando uno con otro

el prodigio, porque no hubo circunstancia, que no fuese milagrosa. Estas maravillas eran patentes a moros, a judíos, y a cristianos, que todos las registraban dándoles motivo para parcialidad de discursos, según que * cada uno tenía la interior disposición... *

En esta perplejidad común los verdugos, que asistían a la hoguera, aunque muchas veces habían avivado el fuego con nueva, y más dispuesta materia; viendo, que ni con esta aplicación, ni con el diluvio de piedras conseguían, ni callarlo, ni quitarle la vida: tomaron unas viguetas, que habían traído, para revolver los leños encendidos, y aplicándose seis o siete sayones a esta inhumanidad, le dieron con ellas en la santa cabeza tantos golpes, que se la hicieron trozos, saltando los pedazos del casco divididos, cayendo enton-

imitando. El mismo globo de luces, que lo había asistido se dividió en pedazos; y quedándose parte para amortajar el cuerpo (pues le asistió mucho tiempo) después la otra parte sirvió de nube lúcida, que hecha trono le elevó la bendita alma a los Cielos en ✽ justo premio de tan reñida victoria... ✽

Después, que por buen rato hicieron los Santísimos Espíritus con toda la música del Cielo el oficio de la sepultura al cuerpo despedazado: volaron alegres con su dichosa alma, quedando el cuerpo bañado de aquellas soberanas luces. Murió el gloriosísimo Mártir Fray Juan de Prado Sábado a las tres de la ✽ ✽ tarde. ✽ ✽

Bajo tan felices auspicios se inauguró el segundo período de las Misiones Franciscanas de Marruecos. Sin duda quería el cielo que ✽ 82 ✽ ✽ estas

estas Misiones llevaran como timbre glorioso el sello del martirio en sus etapas más importantes. En la primera, que corresponde a su fundación, S. Berardo y sus santos compañeros, rubricaron con su sangre las verdades de nuestra Sacrosanta Fe. En la segunda, el santo Juan de Prado en el martirio entregó su preciosa vida, admirando que un anciano como él y lleno de achaques tuviese fuerzas y alientos para sufrir un martirio tan
✱ prolongado y cruel. ✱

Las reliquias veneradas del bendito P. Juan de Prado fueron recuperadas a primeros de Octubre de 1634 por los cautivos cristianos de la confianza del P. Matías que cuidadosamente las guardó en la Iglesia de la Sagena. El año de 1637 fueron traídas a España y colocadas en el convento de S. Diego, entonces
✱ 83 ✱ situado

situado extramuros de Sevilla. Sufrieron después diversas traslaciones. La última se verificó en Mayo de 1889 al Colegio de Misiones para tierra Santa y Marruecos, establecido en Santiago de Galicia. Por último, el Papa Benedicto XIII el día 14 de Mayo de 1728 publicó la Bula de beatificación de este Siervo de Dios, que es el Patrono principal de las Misiones Franciscanas de Marruecos.

CAPÍTULO XIV. - EL SULTÁN ES ASESINADO ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀ ❀

NO quedó satisfecha la ira y la crueldad que anidaban en el corazón del monstruo Muley el-Valid, con la horrible muerte sufrida con santa resignación por el santo Juan de Prado. Y se propuso satisfacerla ensañándose horriblemente en los dos benditos compañeros

del santo Mártir, P. Matías y Fr. Ginés de



Ocaña.

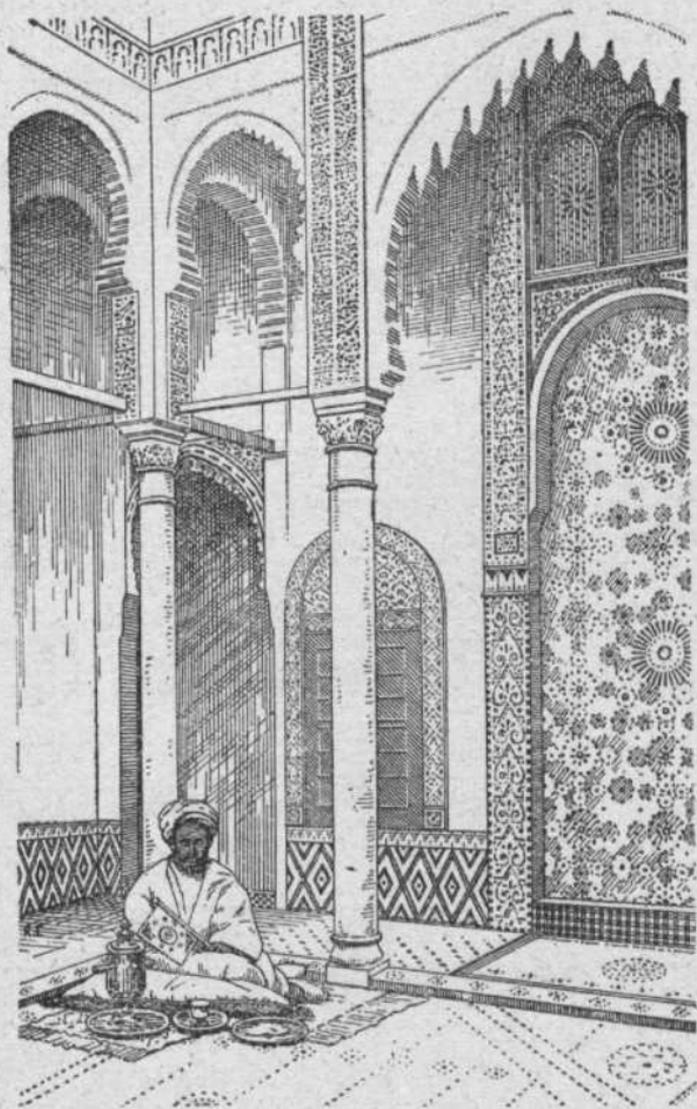


Sentenciólos a muerte; pero como había que determinar de qué manera habían de morir, esperó a que este punto se resolviese, mandando que mientras esto sucedía, los religiosos fueran expuestos a la puerta del palacio, para que fuesen el objeto de las befas, escarnios y malos tratamientos de los moros desalmados que los custodiaban. Así permanecieron varios días, hasta que llegó el momento en que ordenó a sus guardias que trajesen a su presencia, no sólo a los Misioneros, sino a todos los niños de los cautivos cristianos, para hacerlos mahometanos por fuerza o quitarles la vida.

Pero fué tan grande e imponente el clamoreo y gritería entre los cautivos y tan sospechosa

y temible la actitud de muchos musulmanes que en esta ocasión se ponían del lado de los cautivos, que el Sultán salió con el velo de la compasión lo que en realidad era un temor muy fundado de que se levantase contra él aquel pueblo que, muerto de hambre y cruelmente avasallado, estaba harto de tanto despotismo. Lo cierto es que se suspendió la ✽ ejecución de tan inicua sentencia. ✽

También pudo suceder que la suspensión de ésta obedeciese a otras miras que por entonces pesasen más en su ánimo. Los acontecimientos nos lo dirán. Tenía Muley el-Valid un hermano llamado Mohámmed Xeque, o Mohámmed ex-Xiej. Este joven Príncipe, que por su carácter bondadoso atraía hacia sí las simpatías del pueblo, era la constante pesadilla de Muley el-Valid que veía en aquél



un rival del que le era preciso deshacerse a toda costa. A este propósito determinó
✻ quitarle la vida. ✻

No faltó quien descubriese este plan y diera noticia de él a la madre y a dos tías del Príncipe. Saberlo y tramar en seguida una conjuración contra el sanguinario Sultán, todo fué uno. Entre las personas que hallaron propicias para llevar a término este intento, contaban con tres renegados: dos franceses y un portugués. Con tal acierto tomaron éstos sus medidas, que en el momento crítico de ir el Sultán a asesinar a su indefenso hermano, uno de aquéllos le disparó un pistoletazo que no hizo blanco, pero fué lo bastante, para que el Sultán, a todo correr, huyese pidiendo
✻ ✻ auxilio. ✻ ✻

Pero ya fuese por casualidad o por altos juicios
✻ 88 ✻ cios

cios de Dios, en cuyos designios había sonado la hora de las venganzas, fué lo cierto que al Sultán, al huír, se le enredó el haique en la misma columna en que mandó atar, para ser azotado, al santo Mártir P. Juan de Prado. Dió tiempo este incidente a que llegasen los conjurados que, sin dar oídos a los ruegos y lágrimas de quien jamás tuvo compasión para nadie, le dispararon varios tiros y, viéndole aún con vida, con el mismo puñal que clavó en la cabeza del Beato Juan, sin piedad ninguna le cosieron a puñaladas, acabando así su miserable vida aquel monstruo que cifraba sus delicias en atormentar bárbaramente a los cautivos cristianos y a sus sacerdotes, y en hacer sufrir a su pueblo los horrores del hambre. A partir de este suceso, cambió por completo para los cristia-

nos y para las Misiones la situación de Marruecos, como veremos a continuación. ❀

CAPÍTULO XV. - UN MISIONERO FRANCISCANO EMBAJADOR DE ESPAÑA ACERCA DEL SULTAN ❀ ❀

SETE años estuvo al frente del Imperio el Sultán Muley el-Valid. Como un furioso torbellino pasó por Marruecos su gestión gubernativa que, en realidad, no fué otra cosa que el desbordamiento de la barbarie impune y entronizada, con el cortejo inseparable de odios, rencores, venganzas y crueldades que, como en su propio lugar, tenían su asiento en el corazón de aquella fiera con apariencias de hombre. ❀

Asesinado aquél, sucedióle su hermano, Muley Mohámméd Xeque, al cual, al ser proclamado

mado Sultán por los conjurados, el pueblo entero de Marruecos recibió con inusitadas demostraciones de júbilo, pues en las extraordinarias cualidades que le caracterizaban, veía una garantía para el bienestar y prosperidad para todo el Imperio tan maltratado en el reinado de Muley el-Valid.

No salieron fallidas estas esperanzas, pues sus primeras medidas de gobierno encaminadas fueron a aliviar a su pueblo de las enormes cargas que pesaban sobre él y a reparar en lo posible las atroces injusticias en el reinado anterior cometidas.

Entre los actos de reparación merece señalarse el haber sacado de la cárcel a aquellos cautivos que sufrían prisiones particulares, dando a muchos libertad, para que volviesen a sus respectivos países.

Pero con los que más se distinguió, fué con nuestros santos Misioneros. Tiempo le faltó para ponerlos en libertad y tan pronto como los tuvo en su presencia, les pidió perdón por los agravios de que habían sido objeto en el reinado de su hermano, y en prueba de la sinceridad de su proceder, les concedió la Iglesia de la Sagena, para que con entera libertad celebrasen los actos de su culto, facultad para que fundasen un convento de su Orden y autorización para que viniesen a

✻ Marruecos más Religiosos. ✻

Fueron en efecto y no sólo a ayudar y sostener en la Fe a los cristianos y a propagarla entre los musulmanes que libremente quisieran abrazarla, sino al mismo tiempo a servir de lazo que estrechase fuertemente las relaciones entre España y el Imperio marro-

quí, por lo que fué preciso investir del carácter de Embajador a uno de los Misioneros, pues dadas las simpatías que por éstos sentía el Sultán, nadie mejor que uno de ellos para un cargo como éste. Recayó el nombramiento en el P. Nicolás de Velasco, varón tan prudente como instruído y, sobre todo, por haber dado pruebas de experiencia, tino y facilidad para esta clase de negocios. Entrególe, para este efecto, el Duque de Medina Sidonia las cartas que como a tal Embajador habían de acreditarle en la Corte del Sultán, y otras para las autoridades españolas en las costas africanas y las instrucciones secretas que
✽ son de rigor para estos casos. ✽

Para el viaje había el Duque dispuesto una embarcación con todo lo necesario corriendo por su cuenta todos los gastos. El día 27

de Junio de 1637 salieron de San Lucar de Barrameda. Llevaban orden de detenerse frente a Chipiona en espera de otra embarcación que había de acompañarlos. Empezaron de nuevo la marcha el día 2 de Julio y el 4, a las seis de la tarde llegaron a Mazagán. Aquí fueron recibidos con extraordinarias muestras de júbilo por toda la población que, llevando al frente todas las autoridades, quiso rendir este tributo a los abnegados Misioneros que iban a Marruecos a sacrificarse por su Dios y por España. Allí permanecieron hasta el 18 de Agosto. ❀

Todo este tiempo lo aprovechó el P. Nicolás en conferenciar con el Gobernador de la Plaza, Conde de Mascareñas, sobre el asunto que a Marruecos le llevaba, enterándole de las instrucciones que del Duque de Medina

Sidonia había recibido. Al propio tiempo informóse de Fr. Ginés de Ocaña, de las persecuciones y martirios de que habían sido objeto los cautivos cristianos y los Misioneros. Habíase dado aviso a Muley Xequé de la llegada de los Misioneros y de la Embajada que uno de ellos traía de España para él. La contestación del Sultán fué manifestar su agrado, enviando al mismo tiempo una escolta que acompañase al Embajador y a su séquito.

En vista de esto, el día 18 de Agosto se puso en marcha la Embajada. Al llegar a Azimur se encontraron con la agradable sorpresa de otra escolta de 70 soldados de a caballo, que el Sultán enviaba para que protegiese a la Embajada y se pusiese a las órdenes del Embajador. Cerca ya de Marruecos, enviaron,

día ser más agradable para los cristianos todos y en particular para los cristianos españoles. Bien poco tiempo hacía que por aquellas mismas calles habían visto azotar, apalear y arrastrar a aquellos Santos Misioneros, sin otra causa que haber prodigado a los desventurados cautivos los consuelos de la Religión. Ahora veían a otro Misionero que, llevando a ambos lados dos hermanos suyos y seguido de brillante escolta y lucido acompañamiento, hacía solemne entrada en Marruecos con el carácter de Embajador. ✽ Veían también como el Sultán y su madre, desde lo alto de una torre, presenciaban aquel hermoso espectáculo, asociándose así a su pueblo en aquellas demostraciones de júbilo, agasajo y distinción hacia los humildes Misioneros. ¡Digna y merecida recompensa a

que éstos se habían hecho dignos por su des-
interés, por su abnegación, por sus desvelos,
por sus trabajos y por sus penosos y crueles
✻ sacrificios por su Dios y por su Patria! ✻



INDICE

INTRODUCCIÓN.	V
CAPÍTULO I. — Nacimiento, Vocación religiosa y apostólicos anhelos del Beato Juan de Prado . . .	1
CAPÍTULO II. - Siendo Provincial envía a dos religiosos a Marruecos para ver de preparar una misión .	7
CAPÍTULO III. - De la buena coyuntura que el cielo deparó al Beato Juan de Prado, para el logro de sus deseos.	15
CAPÍTULO IV. - De cómo logró el Beato Juan de Prado pasar a Marruecos	22

CAPÍTULO V. - Salen de Cádiz el P. Juan de Prado y sus compañe- ros. Su llegada a Marruecos . . .	27
CAPÍTULO VI. - Comienzan las di- ficultades y contratiempos. . . .	32
CAPÍTULO VII. - Recibe el Sultán a los misioneros y terminantemente les manda salir de Marruecos, so- pena de ser decapitados.	37
CAPÍTULO VIII. - Nuevas preten- siones e impertinencias del Sultán y conversión de renegados	42
CAPÍTULO IX. - La santa Misa en la mazmorra	47
CAPÍTULO X. - Nuevos triunfos del B. Juan de Prado, ante el Sultán. .	50
CAPÍTULO XI. - Martirio y gloriosa muerte del P. Juan de Prado. . . .	54

CAPÍTULO XII. - Arrojan al Vene- rable Padre en una hoguera, per- maneciendo ileso	68
CAPÍTULO XIII. - Muerte feliz y prodigiosas circunstancias	78
CAPÍTULO XIV. - El Sultán es ase- sinado	84
CAPÍTULO XV. - Un misionero franciscano embajador de España acerca del Sultán	90



NIHIL OBSTAT

EL CENSOR,

JAIME PONS, S. J.

Barcelona 7 de Mayo de 1925

I M P R Í M A S E

EL VICARIO GENERAL

PASCUAL LLÓPEZ

Por mandato de Su Sría.

LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.,

Scrio. Canc.

